

(R. A.), 6 agosto 1915).

## LOS LÍMITES CRISTIANOS DEL NACIONALISMO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, Junio de 1915.

Esta guerra es, sin duda, un incendio; y a sus llamaradas, ¿qué de ideas se alumbran! ¿y qué de ideas se encienden! Mientras cumple milagros el patriotismo de los unos y de los otros, los que asistimos en paz—en paz relativa y no más que aparente—a la contienda, nos preguntamos qué es eso del patriotismo, qué es y qué vale la patria, y nos adentramos a examinar el dogma fundamental de esta nueva religión—una religión pagana—del nacionalismo.

Porque el nacionalismo puede llegar a ser religión, y una religión pagana, repito, cuando trata de sustituir en el corazón del hombre a la otra, a la religión cristiana sobre nacional, universal, o sea católica. Pero católica en su sentido más estrictamente etimológico, esto es: universal. Universal por oposición a particular, a nacional, pero no por oposición a individual. Y digo esto porque lo individual es lo más universal que cabe. Los técnicos de la lógica escolástica dicen que los juicios individuales se equiparan a los universales. ¿Y qué es lo que hace la religión, una religión de veras católica, esto es, universal, sino unir el individuo a la especie, el hombre a la humanidad, por encima de todas las divisiones de castas, de clases, de oficios y de naciones?

Es sentencia común a muchos maestros de la vida del espíritu la de que un alma humana, cada alma humana, vale por todo el universo. Y creen los cristianos que el Cristo murió no para salvar a las naciones, sino para salvar a cada uno de los hombres, sus hermanos. Pascal pensaba en la gota de sangre que el Salvador derramara por él, por Pascal, y no en que derramara gota alguna por Francia, y Pascal era un buen francés y un buen patriota, un buen patriota francés...

¿No dijo el Cristo: «mi reino no es de este mundo»? ¿No enseñó a sus compatriotas, los judíos, que pagasen tributo al invasor, al intruso conquistador extranjero, al romano, ya que en el cuño de la moneda estaba el busto del César y hay que darle al César lo que es del César? ¿Y no se nos dice acaso en el cuarto Evangelio (Juan, XI, 48) que los sumos sacerdotes y los fariseos buscaron dar muerte al Cristo por estimarle antipatriota, porque con sus predicaciones podría provocar el que llegaran los romanos y acabasen de suprimir la pasión judía? Sí, el Cristo, de la casa de David, no fué ningún Macabeo que se pusiese de puntal del nacionalismo judaico. La concepción, religiosa, nacionalista de los Dioses de Israel y sólo de Israel, algo así como el buen viejo Dios tudesco, es una concepción del Antiguo Testamento, en rigor una concepción religiosa pagana y no cristiana. Contra la que tuvo que luchar Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles, de los extranjeros. De los pueblos inferiores que hoy se diría, pues el judío tenía entonces por inferiores a los otros pueblos.

Sin patria, sin nación, no se vive vida civil, vida humana y sin ella no hay religión ni vida espiritual íntima posibles. Pero el patriotismo y la religión son dos valores espirituales que se limitan recíprocamente, y al limitarse se fortifican. Un hombre religioso sin patriotismo es tan poco hombre como un patriota sin alguna religión universal, sea ella la que fuere. Y no

se me diga que cabe universalizar el patriotismo y dar de él fórmula valedera para las patrias todas.

De un lado el individuo, de otro la humanidad. Y la patria uniéndolos. Pero la patria se limita por el individuo y por la humanidad. Hay derechos individuales, aquellos por los que tan bravamente peleó la gloriosa Revolución Francesa, hay derechos del hombre contra los que nada puede en justicia, la patria, y hay derechos humanos, derechos de la humanidad, contra los que nada tampoco puede en justicia. Ni para salvar a la patria—[salvación aparente!—se puede faltar a la humanidad. Ni para ayudar a la victoria de la patria—si es que la ayuda—puede un cristiano, ni un hombre, un verdadero hombre, echar a pique el Lusitania. Y no basta que se lo manden, porque más que el rey manda Dios, el Dios de todos, no el dios especial de un pueblo que se crea escogido.

«Al rey la hacienda y la vida—se ha de dar; pero el honor—es patrimonio del alma—y el alma sólo es de Dios.» Así dice Pedro Crespo, el calderoniano alcalde de Zalamea (I, 18). Póngase, donde dice el rey, «a la patria», que tal sería su traducción hoy. Y así es. A la patria se ha de dar la hacienda y la vida, pero el honor, que es patrimonio del alma, ese es de Dios y sólo a El puede dársele. La patria puede pedirnos la vida o quitárnosla, pero no puede, no debe exigirnos ni la abyección moral, ni la abyección intelectual, ni siquiera la abyección estética. La patria puede pedirme la vida o aun obligarme, mal de mi grado, a que se la entregue, aunque yo estime que su causa no es justa, pero la patria no puede pedirme un delito, no puede pedirme que incendie pueblos indefensos, que fusile a paisanos inermes, que saquee. ¿Qué? ¿Me decís que esos son inevitables excesos de la soldadesca? Habría que verlo. Porque a las veces son efecto del frío cálculo de esos horribles pedantes de la milicia, catráticos de la ciencia de la estrategia y no maestros en el arte de la guerra, que creen en la eficacia del intimidamiento para acabar más pronto los horrores de la guerra. Y creen en eso por estulticia, por estupidez, por falta de fineza y de sentido psicológico. Han aprendido acaso cálculo diferencial e integral—hasta esto dicen algunos que es menester para las altas concepciones estratégicas!—pero no saben conocer las almas. Y así resulta que el delito ordenado o consentido es, además, ineficaz.

Y si es que no cabe contener a la soldadesca, ¿para qué se le ha estado tanto tiempo «educando» en los cuarteles? ¿Qué educación es esa? ¿Qué se puede pensar de una educación militar que no enseña a los soldados a no conducirse como hordas de hunos o de vándalos? ¡Ah, es que el paso de parada, ese estúpido paso de parada, ese símbolo de la estultificación del hombre por el hombre, no enseña a contener los impulsos troglodíticos, cavernarios, vandálicos!

Ni la patria puede ni debe llevarme a la abyección intelectual. La patria no puede exigirme que crea disparates; no puede ni debe obscurecerme la verdad. La verdad está por encima del patriotismo. Mi patria no puede exigirme que suscriba, a título de español prestigioso y con algún nombre fuera de ella, un manifiesto en que asegure no ser cierto lo que me consta si lo es o no. Ni yo lo firmaría jamás, aunque no me lo exigiese. Y no lo firmaría porque no soy tan necio que crea que mi patria tiene razón siempre. Si por error se metiese en una guerra podría y acaso debería darle

mi vida y mi hacienda; pero jamás, jamás, jamás diría que era verdad el error. Ni aceptaría jamás como buenas, sin otra prueba, las afirmaciones de las autoridades de mi país. Gracias a Dios conservo el sentido crítico y me permito juzgar lo que hace el gobierno de mi patria. Sería para mí horrible el que de tal modo me enfascara, me atollara, me degradara más bien en mi función específica, en mi labor oficial de catrático de filología, que olvidase mi cualidad de ciudadano atento a estudiar la política de mi patria y ejercer sobre ella el derecho de libre examen. No, jamás la investigación de cómo se ha formado y cómo vive la lengua de mi patria ni el estudio de sus clásicos y el de los clásicos griegos me apartara de estudiar lo que hace el gobierno de mi nación. Y menos que en nadie, creo en el estado mayor del ejército de mi patria. Ni aunque hubiese llevado a ésta a la victoria.

¡La victoria! Hay bienes, bienes humanos, bienes universales, bienes íntimos, bienes personales, bienes espirituales eternos, que no se debe entregar ni al precio de la victoria de la patria. No los necesita mi patria para vencer; pero sí los necesitase... pues entonces, se sucumba. ¡Que la derrotent! Prefiero verla derrotada con honra que deshonrada por la victoria. Porque hay victorias que deshonran. Qué me importa que mi patria ensanche sus fronteras con una victoria o conserve las que hoy tiene y su independencia, si para lograrlo ha estado acaso durante años deprimiendo las almas de nosotros, sus hijos, hinchándonos de petulancia y de desdén hacia los demás hombres?

La historia no revierte y nadie puede decir lo que sería hoy de no haber acaecido lo que acaeció. Pero bendigo el día que la «Armada Invencible»,—no había luchado aún y ya la llamaron invencible [petulantes!—de nuestro rey de España, Felipe II de Austria, mejor de Habsburgo, quedó deshecha en el Canal de la Mancha. Y bendigo el día en que los Países Bajos sacudieron el yugo no de España, pero sí del rey de España, después de aquel odioso tercer duque de Alba, primer verdugo de Flandes, cuyas cenizas reposan en esta ciudad de Salamanca. Treitschke el ahora tan traído y llevado Treitschke, elogia y admira a España por lo que entonces hizo—¡es natural en él!—por aquella arrogancia de querer oponerse a la marcha del mundo. Y en otro paraje dice el mismo Treitschke: «que trágica es la suerte de España que descubrió el Nuevo Mundo y hoy no conserva ya inmediatamente nada de ese gran ato de cultura!» ¿Y quién le ha dicho que no? Sin duda para Treitschke conservar algo sería conservar colonias. Y añade: «Los españoles tienen todavía, sin embargo, una ventaja, y es el que viven allí tantos millones de hombres que hablan español. («Politik» Lib. I L 1) ¡Ah! y se podrá decir esto de la patria de Treitschke? ¿Dejará su lengua a otros pueblos que, como súbditos, pierda? Ese héroe nato—«ein geborener Held»—como con singularísima modestia le llama Treitschke al alemán, su paisano—y así se llama héroe a sí mismo—sabría dejar su lengua allí de donde al cabo tenga que irse? ¿Si al fin le echan de Alsacia, se defenderá en ella la lengua alemana de la francesa? ¿Ha conseguido acaso germanizar lingüísticamente a Polonia?

Más volvamos al hilo. Os decía de la victoria y que ella no lo justifica todo, como no siempre el fin justifica los medios. La fórmula jesuítica, de que el fin justifica los medios, es una fórmula pagana, como es pagano,





lo de «salus populi, supremae lex est», y pagano lo de «vox populi, vox Dei». No, por encima del pueblo todo estamos en cierto íntimo, respecto de cada uno de los que lo componemos. No se debe degradar el alma de un hombre ni para salvar al pueblo todo de que forma parte. Se le puede matar; degradarlo no. ¡Y hay tantas formas de degradar el alma humana! Entre ellas una cierta educación cuartelaria que convierte al hombre en una máquina. Hay una cierta educación militar, que hasta como militar y para los fines de la milicia es mala, que acaba por darle a un pueblo, alma de cañón. Ya sabeis lo que en el cañón se llama su alma, el vacío, de la oquedad del tubo. Y para un pueblo el alma de cañón es lo que para un hombre llamamos en España alma de cántaro. Un hombre con alma de cántaro puede saber muchas matemáticas o mucha física o química o filología o geología... pero en rigor no es un hombre.

Si, sí, muy bien todo eso de la disciplina y del método y de la organización y de la disciplina, pero hay que entenderse y enterarse. Disciplina, o sea «disciplinina», viene de discípulo, y discípulo del verbo latino «discere», aprender, y hay que ver lo que se aprende. Todo eso es puramente formal y lo que importa es el fondo, que es el alma humana, el alma de cada uno de nosotros. Pero no el alma de cántaro.

Se cuenta en los libros ascéticos que el prior de un convento para probar a un monje le mandó que plantase en la huerta una col con la hoja enterrada y las raíces al aire, y hasta alguno añade que Dios, para premiar la virtud de obediencia de aquel humilde monje, hizo que la col prendiera, convirtiéndose en un rosal. La leyenda es linda, pero me parece ímpia. Ningún prior debe ni puede mandar absurdos semejantes, porque eso es degradar la inteligencia de aquel a quien se le manda tal cosa. En los presidios ingleses dicen que hubo en un tiempo un castigo feroz y es que se les ponía a los condenados a dar vueltas a un manubrio que no iba unido a mecanismo alguno ni hacía trabajo útil ninguno, algo así como si les mandasen sacar agua de un pozo con una criba. Y hay quien dice que los espíritus algo delicados sufrían de muerte con ese horrendo suplicio. Y es que a las veces en eso que se llama disciplina, sobre todo en la militar en ciertos países, no hay mandatos como el de ordenar que se plante la col raíces al aire y suplicios como el del manubrio vano. Pues si mi patria educase así a sus hijos no merecería ni aun que éstos diesen su vida por ella.

En días de prueba para España, cuando ésta luchaba por la libertad interior, los soldados llegaron a decir a sus jefes y oficiales. «¡que bailen!» Esto se ha presentado como una prueba de nuestra indisciplina de entonces y como un precedente de ciertas derrotas. Pues bien, prefiero eso, con las derrotas consiguientes a que aquellos soldados hubiesen desfilado a paso de parada. No quiero ver a mi patria engrandecida y enriquecida a costa del achicamiento y empobrecimiento del alma de cada uno de sus hijos. No quiero ver a mis compatriotas convertidos en máquinas o en niños grandes y tomando como artículo de fe lo que sus autoridades les aseguran.

En los valores espirituales que se forman interiormente, y al interior se se fortalecen. Un hombre religioso sin patriotismo es tan poco patriota como un patriota sin algún religioso. El patriotismo es lo que queda. Y no

Esa supeditación del hombre al estado que ahora nos predicaban aquí algunos, esa deificación del estado y el ponerle a éste como fuente de moralidad, no es más que puro paganismo e implica la muerte espiritual de la libre persona individual. Y eso no debe ser el ideal de un pueblo moderno y cristiano. El pueblo más grande es el que sepa formar más Robinsones y no el que organice y discipline mejor un ejército.

Sentiría que Inglaterra se viese constreñida a implantar la conscripción, el servicio militar obligatorio. Porque hoy por hoy uno de los signos más claros de la grandeza del pueblo inglés, guardian en el mundo de la libertad, es que no obliga a ningún ciudadano a tomar las armas ni aun para defender a la patria. Podrá ejecutarlo o compadecerlo, podrá la sociedad juzgar como quiera al que por una razón u otra se niegue a tomar las armas e ir a matar prójimos y a exponerse a ser muerto, pero le respeta. Y así puede un cuáquero y cualquier otro que profese la no resistencia al mal, permanecer fiel a su fe religiosa y al honor de su alma. Y, además, se puede allí discutir la guerra y su justicia o injusticia.

Aquí, en España, esta guerra ha servido para que se les caiga a muchos las caretas. Y aún a sus propios ojos. Porque hay quien se ve al espejo con careta. Es cierto, muy cierto, que pecamos de indisciplinados, aunque acaso menos de lo que se cree y dice. O por mejor decir nuestra indisciplina no consiste en que no se sepa obedecer, sino en que no se sabe mandar, en que o no se manda o se

... para acabar más pronto la guerra... y creo en el...  
... para acabar más pronto la guerra... y creo en el...  
... para acabar más pronto la guerra... y creo en el...

... que no cabe concebir a...  
... que no cabe concebir a...  
... que no cabe concebir a...

... la patria puede ni debe tener...  
... la patria puede ni debe tener...  
... la patria puede ni debe tener...

manda tan sólo desatinos, cosas no muy diferentes de plantar coles con las raíces al aire o sacar agua de un pozo con un cedazo. Y es claro! cosas tales no las obedecen sino los brutos. Podrá ser cierto, digo, que pequemos de una cierta indisciplina y de insolidaridad, pero eso que ahora se nos vienen predicando algunos, encendidos en furor cesarista y militarista, sería la muerte del alma.

Y no se me diga que es esto predicar doctrinas destructoras de la patria, de la nación. Todo lo contrario. Es pedir una libre patria de hombres libres. Ni nos dejemos embaucar por supuestas falacias de legítima defensa. Porque hay que ver a lo que algunos llaman defenderse. Un animal carnívoro cree que obra en legítima defensa cuando ataca a su presa o a los que le impiden que la devore.

Ahí, en esa República Argentina, es donde brotó la frase nobilísima de que la victoria no crea derechos. Pues bien, parece que hay quien cree que no sólo crea derechos sino hasta justicia y honra. Hace poco contaban que un cierto general famoso, a quien no quiero ahora nombrar, un pedante educador durante algún tiempo de bárbaros anticristianos, dijo que la victoria lo borraría todo y que la historia la harían los vencedores. No, la historia ni la hacen los vencedores solos, ni ellos solos la escriben. Y hay además otra, más íntima, que queda escrita con caracteres de fuego en las conciencias de los beligerantes.

Y es inútil, completamente inútil, querer cohonestar los nacionalismos paganos y agresivos—esos que suelen empezar con el componente «pan»—con doctrinas cristianas. No se logra sino hacer una torpe mezcla de cinismo y de hipocresía. Estos días he leído escritos de pastores y hasta de obispos luteranos tratando de justificar y hasta santificar la agresión primera de esta guerra. Da pena ver a esos supuestos ministros del Señor revolviéndose en un cúmulo de embustes y de falacias.

Si el lector se procura la carta abierta de Emilio Prüm, jefe del partido católico luxemburgués, a Martín Erzberger, diputado en el Reichstag, y «leader» del Centro Católico alemán, leerá cosas muy edificantes. Esa carta la publica, traducida al francés y comentada, René Johannet, en un librito que se titula «La conversion d'un catholique germanophile». El Sr. Prüm, luxemburgués y católico germanófilo antes de la guerra, parecer ser que se ha convertido de su germanofilia. No les pasará así a los católicos germanófilos españoles. Son inconvertibles. En primer lugar, porque ni saben ni quieren oír, y además porque no suelen ser ni cristianos ni católicos. No son más que paganos, adoradores del estado inquisitorial que ate corto... a los otros.

MIGUEL DE UNAMUNO.

... la patria puede ni debe tener...  
... la patria puede ni debe tener...  
... la patria puede ni debe tener...

